

Prensa nacional y estado de silencio

Hay varios temas, cada cual más fascinante, pero a la fuerza he de ceñirme al que más apremia. Dejemos, pues, para otro día, el discutir sobre lo que es un vasco Cherokee, o que el Canadá pueda desaparecer del mapa después del 23 del mes presente si así lo quiere la provincia de Quebec. No; esta vez examinemos el tema de los silencios de la prensa de Madrid.

Se cree que la prensa diaria es un espejo neutral de lo cotidiano, una selección casual de lo importante y lo menos importante. De ahí que, si una noticia aparece en el periódico, a la fuerza es importante y, si no, no. Pero nada más lejos de la verdad. Se acaba de revelar, en un estudio de la mejor prensa norteamericana, que más de un 90% de las noticias políticas proceden de fuentes internas del Gobierno. De aquí esta primera ley de la anti-desinformación: no hay noticia en la prensa solamente, porque algo haya ocurrido; está en ella porque algún poder (político u otro) quiere que esté.

¿Y qué decir de los hechos que se quieren silenciar? Como si las víctimas, por ejemplo de la colza, no existieran. Desde luego, lo silenciado por la prensa parecería la categoría más nutrida. De donde tenemos la segunda ley de la anti-desinformación: hay multitud de hechos que se silencian porque el poder no quiere que se hable de ellos.

Pero hay otra categoría de lo silenciado más fundamental. No se le ocurre a uno pensar que pueda haber cosas que son muy importantes y que en absoluto podrán salir en la prensa ni la televisión. De ahí la ley más importante de la anti-desinformación: hay verdades — a veces las más importantes — que no caben en la prensa ni en la televisión. Mucho de lo referente a Euskadi es de esta índole. En cambio, lo que se suele decir de Euskadi no deja de ser una tergiversación. Porque hablar de esas otras cosas, aunque sea en EGIN, desbaratará su verdad. (Ejemplo, lo que puede sentir una familia de camino a Herrera el fin de semana). Es decir, de las cosas que más nos atañen no se puede hablar en los *mass media*, y no siempre por ser íntimas (a veces son cosas superpúblicas), sino porque el mismo medio constitutivamente no las tolera. Por eso, muchas veces, por lo vitalmente importantes que son, se eligen otros medios, como es echarse a la calle, acudir a una manifestación, escribir un libro o componer una canción, con letra en euskera o en erdera.

Un ejemplo para que esta ley fundamental se entienda del todo. En una luminosa entrevista en la televisión norteamericana, a Yelena Bonner, viuda de Andrei Sajarov, se le hizo esta pregunta: «Hace un año Vd. dijo, refiriéndose a la perestroika, que se sentía como el péndulo de un reloj. ¿Cómo se siente ahora, pasado un año?», y la viuda contestó, sin ninguna intención de esquivar la pregunta: «Pues... todavía como el péndulo de un reloj». A lo cual la entrevistadora, muy «profesional», cambió de rumbo y renunció a su pregunta. Vio que lo que pensaba Yelena Bonner sobre este particular — «a veces sí, a veces no» — escapaba a la pantalla de la televisión. Por su honestidad, gravedad y exquisitez, la apreciación de la perestroika de Yelena no daba lo que exigía ese medio.

Pues bien, hay muchos temas, como éste, que tampoco tienen cabida en un medio como la prensa, medio sólo adecuado para el sí o no contundente. O sea que la prensa se define tanto por lo que no quiere o literalmente no puede decir, como por lo que dice.

Veamos en el susodicho contexto el significado de la pequeña trifolca en la prensa nacional por la posible opcionalidad de la literatura española en el primer ciclo para licenciados en Filología Hispánica. Evidentemente es un tema importante. No exactamente un hecho todavía, pero, de ocurrir, una noticia notable. Pues bien, la prensa no se ha molestado en explicar los pros y los contras al respetable. Sólo se sabe de la noticia de rebote, por el mini-furor desencadenado entre gente de letras (esos que también escriben en la prensa).

De manera que, respecto a este tema en particular, tan provocador para algunos, sólo se saca una idea confusa. Cada articulista denuncia, según sus luces, el Plan de Estudios propuesto por el Consejo de Universidades (¿filtrado a la prensa por quien?). Primero, el profesor Rico y el novelista Antonio Muñoz Molina en «El País», y más tarde Fanny Rubio, profesora y escritora, en «Diario 16». Los tres comentan el hecho de la posible supresión de la Literatura Española al principio de la licenciatura.

Por lo que he podido sacar de estos comentarios, parece que, de efectuarse dicha opcionalidad de Literatura Española, peligrará el futuro de Don Quijote o el del Poema de Mío Cid. Pero, al leer las defensas de estos ilustres nombres, el lector/a podría sospechar

que, por esa propuesta de ley, también nuestros periodistas del momento (por si fueran a escribir una obra maestra en el futuro inmediato) sienten ceder los cimientos de sus carreras como creadores. De paso, se transparenta un absoluto desprecio hacia la Lingüística. (Parece que en vez de Literatura Española se podrá, o habrá que, estudiar Lingüística en los primeros cursos de licenciatura).

El único que profundiza algo en la cuestión es el novelista Muñoz Molina. Igualmente arremete contra el Consejo de Universidades y la pobre Lingüística, porque es una ciencia. Y también es un incondicional de la Literatura. Como si la Literatura pudiese ser nuestra única salvación. Pero Muñoz Molina aprovecha asimismo la coyuntura para relacionar la cuestión con una serie de supervivencias franquistas en la España de hoy. Se enseña con la tergiversación de muchos valores en los últimos quince años. Vamos, que hay un fondo de crítica en su intervención que parece muy coherente.

Porque, y volviendo al principio, ¿no es este tema de la opcionalidad de la Literatura Española, que sólo *silencia a medias* la prensa, un tema *insignificante* comparado con la cantidad de problemas políticos y sociales (y no sólo culturales) que acechan al país? Quien tiene acceso a los *mass media* ¿no tiene la obligación moral de comentar también los temas urgentes, y máxime cuando no se es un periodista profesional? Y entre esos profesionales, cuántos dan de verdad la voz de alarma, como José Luis Gutiérrez de «Diario 16», que, a propósito de la proliferación de escuchas telefónicas en Madrid, acaba de titular su columna «El Estado policial?».

Hé aquí el relativo significado de este minifuror acerca de la opcionalidad de la Literatura: casi ninguno. Sirve sólo para que cunda más en la prensa el algodonado «Estado de silencio»: respecto al asesinato de Santi Brouard, los GAL, las escuchas telefónicas... A decir verdad, pienso que montar en cólera por esto del posible retraso de la enseñanza de la Literatura es como decir a los lectores que aquí no pasa absolutamente nada, que todo es normal. Y esto es cumplir, inconsciente o conscientemente, el papel de lo que Gramsci denominaba «intelectual orgánico» a la vez que se cultiva, como Candide, su propio jardín.

(*) Profesor en la Universidad de Columbia

Uda heldu...

... eta uda heldu delako, «Egin» honetan bertan, bi, hiru, lau orrialde eguneroko, honako eta harako bidai-eskaintzak kilikagarri.

Niri, ordea, bidai-proposamen horiek ikustean, besterik bururatu zait: gure seme eta alabarik hoberenak, aurren ere bakantzarik gabe geldituko direla. Eta «abertzale» izeneko abertalde askoren iritziak, ez dagoela ezintasun horretan inolik buruhausterik.

Deportatu batzuk, halere, aurki beteko dituzte beren lehenengo sei urteak atzerri urrutetan, preso batzuk hamabi, deserritako batzuk hogeitau, hogeitabost. Ez zuten horiek gaurko legetasunaren bikainean batera sinetsi. Alderantziz, Euskal Herriaren zainpakea betiko bere hartan dagoela penatuak zuten; nazio-askatasunari buruz, eta honetara eramanez autodeterminazioari buruz, aurrera-pausurik mamitu ez dela etsirik.

Funtsezko aldaketak bortxatu egin behar direla ondorioztatu zuten, ia herri guztietan gertatu den bezala.

Autodeterminazio eskubidea ideia alferren ganbaran sartu digute salduak; Iparraldearekiko muga, inoiz baino gotorrago dago; nafarrak eta vascongadok sistematikoki banandurik bizi gara; nazio-hizkuntzaren pizkundea, itsatsi gabe beti; etorkin askok eta askok, salduen ziurtagarriak ikusita, gurekin bat egiteko eskaintzari uko egin diote; eta, hitz batez, «larrazabalgo zina» berriz egiteko beharra nabaritzen da.

Nork aurrikusi zuen hau?

Garai batez marxismoaz eta iraultzaiz mintzo ziren progreak, hedonismo lotzagailura eta karrerisimora lerratu dira.

Arana-Goiren «jarraitzaileak» (?), berriz, sekula ulertuko ez diren azpikeria ilunen ondorioz, erdibanatu, ozipindu; eta, abertzalerik ezean, karka, teknokratatu eta espagnolizatu hutsunea disimulatu, eta... «a vivir cómodos».

Presoak, deportatuak, deserritatuak, ez dira, aitor dezagun, oso desbideraturik ibili. Eta beren biziaz izenpetu dute beren hautu gogorra.

Bakantzarik ez berentzat. Jakina. «Leheruko al dirak!».

Noski! TXILLARDEGI

hemeroteca

La censura que dura

(Mariano Antolín Rato, «El Mundo»)

Este país tarda demasiado en quitarse de encima el odioso franquismo. Y no se trata aquí de recordar la chulería falangista de algunos políticos, o ese ser un sinvergüenza fuente del negocio de tantos empresarios y comerciantes de materiales e inmateriales; tampoco hablo de los prejuicios inmorales eclesiósticos, ni de la intolerancia de a mí la legión. Es algo que afecta a muchas menos personas, porque de hecho sólo lo padecen los lectores, y ya se sabe los pocos que somos.

Me refiero a la censura de libros que imponían el inabarcable y sus sicarios civiles, religiosos y militares. Una censura que todavía padecemos. Así, muchos lectores creen conocer obras capitales de la literatura norteamericana — y de

otras literaturas, supongo —, sin saber que manejaron versiones mutiladas, falsificadas, envilecidas.

John Dos Passos, Carson McCullers y el mismísimo Ernest Hemingway son algunos de los clásicos expurgados que circulaban hasta hace poco. Y los cito concretamente porque lo he comprobado al realizar nuevas traducciones de sus obras.

Ejemplos: en una novela de Dos Passos, hay múltiples referencias a la Guerra de España, imprescindibles para conocer la postura de un personaje, que han sido suprimidas. En otra de McCullers, en la versión censurada se sugería muy veladamente una extraña relación entre dos chicos, cuando en el original mantienen muy claramente una relación homosexual. Y en uno de los relatos más conocidos de Hemingway — el que se titula «La capital del mundo» — se suprimen tres de las doce páginas del original, porque en ellas uno de los perso-

najes asistía a una reunión anarcosindicalista.

Morir de fe

(Santos Juliá, «El País»)

Si nadie le detiene, Juan Pablo II continuará adelante con el ya antiguo empeño de beatificar y canonizar, declarándoles mártires de la fe, a algunos de los miles de católicos que murieron violentamente asesinados durante la guerra civil o sus inmediatos antecedentes. (...)

Por esa misma Iglesia que beatifica a sus muertos debía recordar que fue ella la que bendijo y empujó la mano de otros asesinos, de otros verdugos, con el propósito de exterminar a quienes no eran católicos, a quienes no habían cometido más error ni otro crimen que el de ser laicos, masones, socialistas, sindicalistas, republicanos, comu-

nistas. Fue ella, en la persona de sus obispos, la que escribió aquellas tremendas pastorales que legitimaban y expresamente demandaban la aniquilación de la hidra de las siete cabezas, de la horda asiática, del ejército de los hijos de Caín,

que eran, entre otras, algunas de las expresiones con las que aquella Iglesia definía, con el resultado que se puede suponer, a otros españoles cuyo sacrificio jamás podrá elevarse, sin embargo, al rango de mártir.



«El Independiente»